

Discurso



ILMO. Y RVMO. SEÑOR:

Me permitiréis que habiendo recibido V. S. Ilma. la bienvenida a nuestro Seminario de boca de su digno Sr. Rector dirija yo mi palabra a los alumnos, ya que hoy se coronan sus trabajos escolares; atreviéndome a rogaros aceptéis como vuestro lo que voy a decirles, a fin de que lo reciban como salido de vuestros autorizados labios.

“Nolite timere, pusillus grex.”

(Luc. XII, 32)

“No temas, reducida grey”.

(Luc. XII, 32)

RESPETABLES SACERDOTES,

SEÑORAS, SEÑORES:

Oportunamente fuí invitado por mis superiores para hablar en esta solemnidad de nuestro Seminario, y acepté desde luego el hacerlo, ya que “al inferior corresponde el obsequio.”

Me hice también esta reflexión: No importa que años atrás ocuparan en días como el presente la tribuna nuestros venerandos maestros, cuando vivía prosperamente el Seminario; si hoy que apenas vuelve a la actividad se sirve de un orador principiante, reservará para más tarde el hacer oír voces autorizadas. Las circunstancias, por lo mismo, me convirtieron en orador de esta fiesta.

Veo en este plantel que resurge a nueva vida la institución más benéfica, y por lo mismo la más amada de esta Iglesia; veo la continuación de una escuela que ha formado generaciones de hombres sabios y virtuosos; el tiempo y los hombres lo han conmovido hasta sus cimientos, al extremo de creérsele totalmente extinguido; mas quedaba

clavada hondamente su raíz en la tierra, y del añoso tronco empiezan ya a brotar retoños.

¡Dulce asilo de mi existencia! Tuve la dicha de venir a tu seno aun antes de que despuntara en mí la luz de la razón; a tu sombra recibí por vez primera la sagrada comunión, pasé los mejores días de la vida, vestíme la sotana, y todavía, ya sacerdote, participo de tu bienhechor influjo.

No existe, si bien se ve, solución de continuidad entre tu Venerable Fundador, tus más preclaros hijos y nosotros; no fué aquel un Seminario y otro el nuestro.

Por eso te venero. Cuando estudiaba yo en tus aulas te respetaba como adolescente, hoy te amo como sacerdote. Por lo cual me siento turbado al llevar la voz en presencia de mi Prelado venerando y en día de tanto regocijo para todos, así para los espíritus levantados de los superiores que, a no dudarlo, descansan de sus penas, en esta noche, como para las jóvenes almas de los alumnos embargadas de placidísimo contento.

Unos y otros tienen derecho a esperar del orador la definición, el análisis y sublimación de sus propios y mutuos sentimientos, hasta dar forma e imprimir soplo de vida a esos pensamientos que bullen un tanto confusos en la mente de cada cual, para sentir hondamente la dicha y saborearla.

A esto teneis derecho, bien lo sé, y de ese derecho vuestro infiero la obligación mía; mas, conociéndome incapaz para cumplirla, os pido, primero, que os contentéis con poco, y además que completéis a vuestra satisfacción estas mis ideas.

Hoy que es día de plácemes para vosotros, caros jóvenes, deseo hablaros no tanto para el presente rebosante de alegrías, cuanto para el mañana incierto y peligroso. Voy a manifestaros cómo vuestro porvenir lo tenéis asegurado mediante la recta formación en el Seminario. Mi palabra quiero que sea voz de aliento contra los justos temores que os asaltarán ante la perspectiva de los peligros de la vida sacerdotal.

Encuentro analogía entre vuestras circunstancias y las circunstancias de los apóstoles, cuando escuchaban de los labios de Jesús estas palabras cariñosas: "No temas, re-

ducida grey," y esa semejanza que descubro me hace hablaros con las mismas palabras. Recojedlas cual salidas de boca del Maestro, ya que a confortaros vienen dirigidas.

*
*
*

Dupanloup define la educación: "El arte de preparar la vida eterna levantando el nivel de la vida presente"; en las cuales palabras se descubre la subordinación de la educación a Dios, fin único de todas las cosas.

Así tomada la educación con subordinación al Criador se la libra de todos los males y lacras de que adolecen otras mal llamadas educaciones o planes o modos de enseñanza; al tiempo mismo que se abre amplio camino a todo lo bueno y útil que se descubra, todo lo cual compendia el Ilmo. Dupanloup en la frase, "Levantando el nivel de la vida presente." El nivel económico, el nivel científico, el higiénico, todos, en una palabra.

No vengo a refutar los variadísimos conceptos que sobre educación han vertido los pedagogos. ¿Para qué? Quiero, sí, fijar vuestra atención sobre la educación excelente de que participáis, y esto en orden a mi fin de no engendrar en vosotros ánimo y confianza.

Esta verdad os la propongo así: Vosotros estáis educados por la Iglesia que, sin género de duda, es la mejor educadora de los hombres, por no decir la única: los ha educado en masas, los educó transformándolos de salvajes en civilizados, de ignorantes en cultos, de viciosos en santos: la historia de la civilización es la historia de la Iglesia Romana. Las copias de civilización intentadas parcialmente por formidables imperios no católicos adolecen de vicios tan profundos que en lugar de ofrecerse como un argumento para quitar a la Iglesia su privilegio de educadora y civilizadora, sirven más bien de confirmación a la misma verdad.

Ahora bien: En vuestra formación está empeñada la Iglesia Santa que no sólo nada omite sino esmera sus cuidados a un grado tal que enternecerá vuestros corazones al oírme: "Si de Nosotros esperan algunos, escribía el S. P. Pío X cuando habló por vez primera al mundo, un

símbolo que condense nuestras intenciones, daremos éste y no otro: "Recapitular todas las cosas en Cristo." Y siendo esto así, ¡cuál y cuanta debe ser vuestra solicitud, oh Venerables hermanos (decía a los Obispos), en formar el Clero en la santidad! Cualesquier otro negocio debe posponerse a éste. Así que la parte principal de vuestra diligencia se consagre a ordenar y gobernar como conviene vuestros seminarios a fin de que florezcan tanto por la integridad de la doctrina, como por la santidad de las costumbres. Cifre cada uno de vosotros, las delicias de su corazón en su propio seminario, sin omitir cosa alguna de cuanto para utilidad del mismo estableció providente el Concilio Tridentino."

El comentario a estas exhortaciones pontificias lo hallaréis en las palabras y en las obras de todos los obispos católicos, lo mismo del viejo que del nuevo continente. Podría yo muy bien citaros muchos nombres, pero más aprovechará oír palabras de fuego salidas de corazones de apóstoles.

Cuando el 29 de abril de 1855, el gran obispo de Concepción, en Chile, el Ilmo. Sr. Salas, inauguraba su seminario, decía con su acostumbrada elocuencia: (Bol. Ec. de Concepción, pág. 127) "No puedo ocultarlo, señores; mi corazón palpita en este momento solemne agitado por emociones de un goce puro, tal vez de los primeros de las épocas más señaladas de mi vida. No lo extrañéis: es que acabo de cumplir uno de los encargos del Supremo Jefe de la Iglesia, llenar uno de los más importantes deberes del cargo pastoral, satisfacer el voto concienzudo de los hombres amantes de mi religión y de mi patria, y, lo diré también, corresponder a los pronunciados y ardientes deseos de mi corazón... Será, pues, este día siempre memorable, de gratos y profundos recuerdos para mí. Veo en él cifradas las esperanzas de un risueño porvenir y he querido participar con vosotros del exquisito placer que esta idea ha venido a depositar en mi pecho."

Hay un hombre ante quien se inclinan respetuosos todos los personajes de la Europa, hasta sus propios enemigos, es un Príncipe de la Iglesia, el Cardenal Arzobispo de Malinas (Mercier.) El habla así con sus seminaristas:

"Con una alegría que deseara compartieseis conmigo, obedezco yo, carísimos míos, a las instrucciones pontificias. Ante el deseo de estar en contacto íntimo con vosotros haré ceder, con la gracia que Dios querrá darme, todos los obstáculos. *Huic curae, quaecumque obveniant negotia cedere necesse est.*"

"Y vosotros, apreciando con piedad filial la predilección, de la cual sois objeto por parte del Santo Padre, y a la que yo me asocio con placer vivísimo, como a sentimiento que llenaba mi corazón antes que me fuese impuesto como deber, depositaréis en mí vuestra confianza, todos sin reserva alguna. Cosa es ésta de la cual depende el porvenir de nuestra diócesis. Dejaos formar por vuestro pastor ayudado de la cooperación sabia y celosa de vuestros directores y maestros, a fin de que podáis mañana modelar a vuestra vez las almas que os serán confiadas, según las virtudes propias de la vida cristiana."

"Yo os amo con todo el ardor del afecto de un padre hacia sus hijos más tiernos; quiero trabajar y sufrir para comunicaros una vida nueva; me desvelaré con este fin hasta que consiga formar a Cristo en vuestras almas; *"Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis,"* (Gal. IV, 19.) Yo no os ocultaré que al influjo de esta preocupación dominante y a fin de empeñarme públicamente a permanecerle fiel, elegí mi divisa: *Apostolus Iesu Chisti.*"

El Ilmo. Sr. D. Manuel Rivera, de grata memoria, en su primera carta pastoral, se expresaba con su natural sencillez del siguiente modo: "Nuestro querido seminario es como el latido de nuestro corazón, a él consagraremos todos nuestros desvelos, y provereemos a sus necesidades aun olvidándonos de las nuestras..." (Bol. Ec. t. V, pag. 140.)

A tan ilustre serie de obispos añadid los planes solícitos por vuestro bien de nuestro presente dignísimo Prelado, varón hecho a educar jóvenes levitas, quien, pocos días hace, al presentarle nuestros respetos ya nos declaró que nada tenía tan en el corazón, como su Seminario.

Esta solicitud exquisita de los pastores obedece a que el obispo debe poner a la cabeza de su programa el empeño de modelar sobre Cristo aquellos que son llamados a

imprimir en las almas la forma de Jesucristo. Y mientras al obrar así glorifica a Dios en primer término, trabaja también por el bien común, ya que como afirmó De Maistre "El sacerdocio debe ser la preocupación soberana de una sociedad que quiera renacer."

Lejos de vosotros, en consecuencia, otro temor que no fuese el de inutilizar tan santos esfuerzos.

*
* *

No temáis tampoco de la pomposa ciencia moderna, vosotros que sois imbuídos en la ciencia verdadera; en el seminario recibís una armadura poderosa, a fin de no perecer a los golpes de vuestros enemigos: vuestros pechos son protegidos con el peto de la virtud, a fin de preveniros contra los dardos del vicio, los cuales penetrando el corazón le envenenarían irremediablemente; recibís además el morrión de la ciencia divina y de la sana filosofía para no sucumbir a los golpes formidables de los múltiples errores humanos; y también sois armados caballeros, recibiendo la espada de la palabra de Dios, para derribar a los enemigos de su Nombre.

La falsa ciencia se presenta con aparato y, siempre soberbia, exige de todos sumisión: "Leed, hojead, — habla un tribuno (Pidal y Mon, "Discursos y Artículos, Madrid, 1887, págs. 41 y ss.) — abrid siquiera las páginas de las obras maestras de la *Ciencia*, publicadas por los sabios a que aludo; las que forman el fondo de las *Bibliotecas populares* de propaganda y de vulgarización de los conocimientos *científicos* para la multitud; las que se reparten como premios a la niñez en las escuelas; las que difunden a los cuatro vientos de la publicidad las *Bibliotecas internacionales* en los idiomas más extendidos por el mundo, y en ellas veréis al *libre pensador* que alardea de independencia y soberanía de su razón en la cátedra, y al tribuno que vocifera en el *club* en favor de los derechos ilegales del hombre, dogmatizar, enseñando como verdades axiomáticas todas las tesis, no menos despóticas y abyectas que absurdas, contradictorias y gratuitas, del materialismo dinámico, que ha venido a sustituir al materialismo mecánico de los antiguos sofistas."

"Desde el método experimental, como *único* procedimiento científico, hasta la hipótesis del evolucionismo transformista, sin causalidad ni finalidad, como *única* ley del universo, de la Sociología y hasta de la Moral; desde la contradictoria hipótesis de la *No homogeneidad* que rompió el equilibrio y la inercia de la materia para iniciar la eternidad de su movimiento, hasta la inmanencia de ese movimiento en la materia, produciendo la difusión y el desvanecimiento de los mundos muertos y de los soles apagados, para la creación de nuevos sistemas planetarios en que se perpetúe la *lucha por la existencia*, y, por lo tanto, el dolor, sin alcanzar jamás la meta de la bienandanza o el reposo; desde la absurda generación de la mónera primitiva por la famosa aglutinación de los tiempos, hasta el proceso biológico por la eterogenia o producción autógena del protoplasma; desde la identidad del mundo orgánico e inorgánico hasta el origen *mineral* de la vida; desde el régimen de la fuerza y de la casta establecido por la *selección natural*, la *adaptación* y el *átavismo*, hasta la derivación de la ley moral del *hambre* y la *lujuria*, como primarias manifestaciones del amor a nosotros mismos y a nuestros semejantes, bautizados con los nombres de egoísmo y otroísmo; desde la vergonzosa transmigración de las *moléculas de hierro*, que constituían la *inspiración* del artista y la inteligencia del pensador, a las ruedas de la locomotora que devora el espacio sin darse cuenta que lleva en su seno el alma de Platón o de Homero, hasta el proyecto de explotación sacrílega de los camposantos convertidos hoy en lugares sagrados con notorio daño de la economía rural perjudiciada con la substracción inútil de tantos estiércoles, ricos en *fosfatos de cal*, que entregados a la circulación, producirían lucida cosecha de legumbres y de hombres grandes por añadidura; desde las diatribas contra la caridad, la beneficencia y la filantropía, que derrochan sumas inmensas en hospitales y en hospicios y en abolir la trata y la esclavitud, para conservar a la humanidad los débiles, los tontos, los enfermos y los desvalidos, que deben desaparecer eliminados para bien del rebaño social, hasta las maldiciones a la vacuna, que arranca de las garras de la muerte tantos individuos que se debía llevar, y las bendiciones al cólera como gran selector

de la naturaleza; todos los delirios, en suma, todas las aberraciones y monstruosidades sociales que se desprenden de la negación metafísica, todo se encuentra allí, presentado a los ojos de la multitud como la última palabra de la *Ciencia*, como la suprema conquista del *Progreso*, como el triunfo definitivo de la *Civilización*."

Estableced ahora comparación entre esas aberraciones y las doctrinas verdaderísimas que como legado precioso nos transmitió la civilización griega por boca de sus más autorizados filósofos Platón, Sócrates y Aristóteles, verdades que sin ser la doctrina revelada merecieron por su conformidad con la recta razón servir de preparación a la fe, y las cuales sin mudarse substancialmente fueron utilizadas por la Teología y puestas enteramente al servicio de la misma por el genio excepcional del Ángel de las Escuelas.

¡Qué va de esa *ciencia* en cuyo nombre se lleva a cabo la total destrucción de todos los ideales del hombre y la ciencia teológica que inicia al hombre en la intelección del mismo Dios! ¡Qué no fué vana alegoría, por cierto, (escribe Pidal y Mon, l. c. págs. 130 y ss.) aquella en que la inspiración maravillosa del Dante, que informó con la ciencia de Sto. Tomás la gigante elocuencia de su poema, nos mostró en la sublime aparición de su *Paraíso* con las formas radiantes de Beatriz *Vestita di color di fiamma viva*, a la Teología Escolástica, que, separándole ya de la Filosofía Moral, simbolizada en Virgilio para acompañarle por los tenebrosos antros del dolor, conduce al poeta por las moradas celestiales, para inspirar su musa imperecedera con la visión de la esencia divina!"

"La belleza increada de Dios se refleja en la mirada brillante de Beatriz, que a medida que asciende por las esferas celestes, se transfigura y resplandece más, tornándose más encendida y luminosa. El poeta baja la vista a veces, deslumbrado por el fulgor de la luz eterna que despiden los ojos de la hermosa aparición que le guía, y ella le explica el brillo de su mirada celestial en el esplendor de las verdades que contempla, en la llama viva del amor que la ilumina y que la abrasa y que nos explana después en sus sublimes tercetos el poeta:

"Si en el fuego de amor te centelleo
Con luz mayor de la que el hombre alcanza,
Y ciega así la de tus ojos veo,

No te asombres: procede esa pujanza
De perfecta visión, que, en cuanto aprende,
Hacia el bien que aprendió veloz se lanza.

Ya viendo estoy que en tu intelecto prende,
Y en el aquella eterna lumbre luce,
Que siempre amor, con sólo verla enciende.

Que si otra cosa vuestro amor seduce,
Es sólo algún vestigio no bien noto
De esa lumbre eternal que allí trasluce."

(Trad. del Conde de Chestre.)

La verdadera ciencia trasciende también a la vida práctica con muy buenos resultados.

"La ciencia de Dios, dice el Marqués de Valdegamas, da al que la posee sagacidad y fuerza, porque ella aguza y dilata a la vez el entendimiento."

"El hombre habituado a conversar con Dios y a ejercitarse en la contemplación divina, en igualdad de circunstancias, aventaja a los demás por la inteligencia y la fuerza de su razón, o por la seguridad de su juicio, o por la penetración y la agudeza de su entendimiento; y sobre todo, yo no sé de ninguno que en circunstancias iguales no aventaje a los demás por el sentido práctico y sabio que se llama el buen sentido." (Ensay sur le catholicisme, etc., lib. II, cap. VIII.)

Pero el fruto más codiciado de la ciencia sagrada, queda reservado para vosotros mismos que por ella dirigidos escaparéis del error en sus múltiples formas, poseyendo el criterio para examinar los sistemas que por allí circulan, sin dejaros llevar a todo viento de doctrina; nutrirá ella en vosotros una piedad sólida; ni morirán sus destellos más allá de la tumba, en la Patria feliz, conforme lo enseña un Padre de la Iglesia: "Discamus in terris quorum scientia nobiscum perseveret in coelis."

* *

"Educar,—continúa diciendo el Obispo de Orleans (Dupanloup),—es algo así como sacar de la nada, es punto me-

nos que crear; cuando menos es sacar del sueño y del adormecimiento las facultades dormidas; es dar vida, movimiento y acción a la existencia todavía imperfecta.

“En este sentido la educación intelectual, moral y religiosa es la más sublime empresa que los hombres pueden llevar a cabo. Es continuación de la obra divina en lo que ésta tiene de más noble y más elevado: la creación de las almas.”

“Por esta misma razón es obra de sublime autoridad.” (El Niño, pág. 4).

La verdad eterna pronunció este oráculo formal: “El joven será en su edad avanzada lo que hubiere sido en la infancia”. (Prov. XX, 6).

De aquí la necesidad de corregir empeñosamente los defectos desde la edad primera, y desde entonces también trabajar decididamente en la conquista de las virtudes. Llámase este doble trabajo “educación de la voluntad,” educación más difícil y mucho más necesaria que el solo cultivo científico, el cual desprovisto de honradez causa perjuicio en lugar de utilidad. Por lo mismo cuida vigilante la Iglesia de formaros en el seminario sujetos a un reglamento que tiene doble fin: contribuir al orden de la comunidad e inculcar a los estudiantes las virtudes de la obediencia y del método, de las que tanto depende el fruto de su futuro ministerio. “El orden es la primera ley del cielo—dicen los ingleses,—he aquí por qué entre los hombres existen superiores e inferiores”.

La disciplina del colegio y la distribución de horas en los diferentes ejercicios del día no son hijas del capricho, sino de la observación y de la experiencia.

La agradable variedad de obligaciones cotidianas, la juiciosa alternativa de la oración, el estudio y el recreo; como la sucesión del día y de la noche y de las estaciones, quitan toda monotonía y destierran el tedio de la vida de colegio. Dan un nuevo aliciente a cada obligación, de modo que transcurren los días y los meses de un modo imperceptible; y el buen orden que rige en el establecimiento refleja la tranquilidad y la paz que reinan en todos los corazones. “Bueno es para el hombre haber llevado el yugo desde su mocedad”.

Por el contrario: una vida sin regla ni obediencia es una existencia sin objeto ni fin, y hasta llega a tenerse por carga insoportable. San Bernardo dice que “el que es maestro de sí mismo es discípulo de un loco”.

La vida frugal que observáis está indicada por S. Pablo a su discípulo Timoteo (2ª Tim. IV, 5).

“En febrero de 1887, cuenta el Card. Gibbons, comí con su eminencia el Card. Taschereau en uno de los grandes seminarios de París. El suelo del refectorio estaba enladrillado, y no había fuego ni estufa. El día era enteramente crudo a pesar de la estación y, aunque arropados en sendos gabanes, tiritábamos de frío. Después de comer, los seminaristas salieron a recreo al aire libre, sin abrigo y muchos de ellos con la cabeza desnuda. Pero de este modo es como se forman los apóstoles de las Misiones Extranjeras”.

Nuevo motivo de confianza, amados jóvenes. Estáis forjando vuestro carácter en el yunque de la vida de reglamento. Y ese carácter será para vosotros áncora de salvación en el mar proceloso del mundo; en ese mundo cuyo rasgo distintivo es la falta de voluntad; que no sabe atacar sino incitando a la molice; pero que tampoco hace víctimas sino a los cobardes que se abandonan en sus brazos.

* * *

Os he dicho que venía a daros ánimo, amados seminaristas, porque os contemplo como una pequeña grey, que teme al lobo, y se congrega bajo el cayado del Pastor. No dudo que os sentiréis poderosos con la exquisita educación que aquí recibís, y con las armas que os suministra la ciencia verdadera. Pero no se me oculta que aún queda un resquicio al temor. ¿Seré yo, podréis preguntar, del número de las ovejas afortunadas? en otros términos: ¿tendré yo vocación al sacerdocio? ¡Cuánto quisiera deciros en orden a disipar vuestros temores! Mas para no convertir en púlpito la tribuna, voy solo a deciros una palabra. Así lograré iluminar perfectamente el porvenir, a la luz de esta risueña fiesta.

Hoy puedo hablaros con aplomo acerca de este punto tan delicado, porque en verdad puedo decir, parodiando

al Divino Maestro, "Mi doctrina no es mía." Sobre las señales de verdadera vocación se habían dividido en dos campos los doctores católicos hasta que la Iglesia puso fin con su autoridad infalible a esta disputa. Por un lado insistían muchos en la *necesidad* de una *fuerte atracción interior* al estado sacerdotal como *señal* cierta del divino llamamiento, y sostenían que sin esta sensible atracción del Espíritu Santo, *el deseo* de ser sacerdote del Altísimo era una *señal muy incierta* de verdadera vocación, expuesta a ilusiones y engaños.

Contra esta sentencia publicaba en 1909 un sacerdote francés (el Congo. José Lahittón, profesor de Teol. Dog. en el Seminario de Poyanne, en la diócesis de Aire y Dax), un famoso libro "La Vocación sacerdotal"; con muy buen juicio analizaba en esa su obra la doctrina *tradicional* de la Iglesia sobre la vocación sacerdotal, encontrando que la tradición no exigía de ningún modo inclinación o sentimiento *subjetivo* hacia aquel estado, sino que se manifestaba por cierta capacidad o aptitud en el candidato, y que los ministros de la Iglesia eran quienes en realidad le daban la vocación al llamarle a las órdenes sagradas. Añadía además que nadie había pedido al aspirante, para ser llamado legítimamente por el Sr. Obispo a recibir el sacerdocio, sino tres condiciones que ponen S. Tomás y S. Alfonso: *Probitas vitæ, Scientia competens, Recta intentio*; en otras palabras: que no se necesita buscar jóvenes con vocación sino más bien candidatos para ella.

Una comisión especial de Emos. Cardenales por encargo de S. S. Pío X, después de examinar bien la cuestión, aprobó en todas sus partes la doctrina del Canónigo Lahittón sobre la vocación sacerdotal, y su juicio fué formalmente sancionado por decreto del 2 de julio de 1912.

He aquí las conclusiones de la S. Sede: 1ª Que nadie tiene derecho a ser ordenado *antes* de que el Sr. Obispo le haya llamado o admitido *libremente* a esa dignidad.

2ª Que la condición que se requiere por parte del candidato y que suele llamarse *vocación sacerdotal*, no consiste (al menos necesariamente y de ley ordinaria), en una interior aspiración o inclinación del sujeto a tomar ese estado, ni en los impulsos con que hacia el mismo le invita el Espíritu Santo.

3ª Sino que en el ordenado no se requiere otra cosa para que justamente pueda ser llamado por el señor Obispo, que una intención recta acompañada de la disposición o aptitud suficiente, la cual consiste en aquellas cualidades de gracia y naturaleza, y se manifiesta en aquella honradez de vida y suficiencia de letras que den fundada esperanza de que ha de desempeñar debidamente los cargos de la vida sacerdotal y cumplir fielmente las obligaciones de tan santo estado".

Tenéis, pues, vocación, toda vez que os contemplo agrupados al rededor de vuestro Pastor. El os llama y os invita. Seguidle valerosos, sin olvidar empero aquella palabra del Príncipe de los Apóstoles que, si bien dirigida a todo cristiano, a vosotros especialmente conviene: "Satagite ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis". (II, Pet., I, 10-11);" esforzaos más y más, y haced cuanto podáis para asegurar o afirmar vuestra vocación y elección por medio de las buenas obras".

* *

En resumen: os he recordado que estáis en manos de la Iglesia, la mejor educadora del hombre, que nada escatima para vuestra educación: os instruye sólidamente para que enseñéis a los demás, templa vuestras voluntades a fin de que forméis cristianos de carácter; toda la secuela, en una palabra a que os somete en el Seminario; los ejemplos óptimos que despiertan emulación santa y corrigen sin lastimar el amor propio, la piedad sólida con la que sois nutridos: todo esto animado por la gracia abundantísima que no titubearía en llamar *gracia propia del seminario*, tiene como fruto excelente un corazón verdaderamente sacerdotal. Esos corazones son los mejores corazones que hay en la tierra; y si el mal se vence con el bien, de ellos está pendiente la regeneración del mundo.

* *

Señores: Al recorrer la historia de los Caballeros de la edad media, nos damos cuenta del sumo desprecio con que miraban la instrucción que no fuese la

DISCURSO

guerrera. Los hijos de los nobles hacían gala de no saber leer ni escribir y reputaban desdoro el ocupar en ello sus aptitudes, y humillación el colocarse bajo la férula de un maestro. Los monjes, bien lo recordaréis, fueron durante esa larga época de la historia los únicos amigos de la ciencia, consagrándole su amor, sus vigiliyas y aun su vida. Tan es así que para señalar alguna persona instruida se decía: "Es clérigo, es muy clérigo."

Si hoy, al parecer, la ciencia positivista y los descubrimientos útiles al bienestar corporal todo lo invaden, en cambio la ciencia más elevada y sobre todo la ciencia de Dios como que se nos ausenta, huyendo al mismo tiempo la moralidad y la honradez.

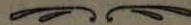
La Iglesia, que en la Edad media libró a los pueblos de la barbarie científica, hoy viene a redimir también de la barbarie religiosa al mundo que agoniza, porque no reconoce a su Hacedor, y gime en la esclavitud por haber sacudido el yugo de la ley divina.

En la primera línea de defensores de la Iglesia, como que somos ministros suyos, nos contamos nosotros los sacerdotes del Señor, os contaréis bien pronto vosotros, carísimos jóvenes; nada temáis de vuestro corto número. "El Señor puede salvar con pocos" (I. Reg. XIV, 7). Ni menos temáis estando agrupados en torno de Nuestro Pastor que nos une al Romano Pontífice y por consiguiénte a Cristo. Cada uno de nosotros puede decir: "Nada temeré, siguiéndote a ti que eres el pastor."

Estáis llamados a salvar el mundo: "nada temáis pequeña grey."

DIXI

A. M. D. G.



Soneto